

relatos de mala conducta en Facebook; trabajadores envían desacertados mensajes de correo electrónico antes de pensar.

Personas han destruido relaciones al teclear sus pensamientos más íntimos en mensajes de correo electrónico y después presionar el botón «enviar» antes de darse cuenta de lo revelador que era ese mensaje. Debido a la información que está disponible hoy día, la intimidad personal se ha desvanecido. Tristemente, cualquiera puede decir cualquier cosa sobre un individuo, sea cierta o no, y se queda por ahí flotando en el ciberespacio, tan solo esperando a que alguien tenga acceso a la información. La reputación de personas ha quedado destruida por lo que otros han dicho, y sin embargo no había nada de cierto en sus palabras. Se podría decir que se está produciendo una «explosión de palabras», y aún no hemos visto el daño que será causado por eso hasta que las personas aprendan el poder de las palabras y establezcan el compromiso de utilizarlas de manera piadosa.

Nos comemos nuestras palabras...

Estoy segura de que habrás oído decir a alguien: «Te vas a comer esas palabras». Puede sonarnos a mera frase, pero en realidad sí nos comemos nuestras palabras. Lo que decimos no solo afecta a otras personas, sino que también nos afecta a nosotros.

Las palabras son maravillosas cuando se utilizan de manera adecuada. Pueden edificar, alentar y dar confianza a quien las oye. Una palabra adecuada pronunciada en el momento correcto en realidad puede cambiar una vida.

Es muy grato dar la respuesta adecuada, y más grato aún cuando es oportuna. (*Proverbios 15.23*).

Podemos literalmente aumentar nuestro propio gozo diciendo palabras adecuadas. También podemos disgustarnos a nosotros mismos hablando innecesariamente sobre nuestros problemas o cosas que nos han hecho daño en las relaciones. No hace mucho tiempo yo tuve una situación decepcionante con alguien a quien consideraba una buena amiga, y noté que cada vez que hablaba sobre eso, me resultaba difícil quitármelo de la mente durante el resto del día. Finalmente me di cuenta de que si quería sobreponerme a eso, tenía que dejar de recordarlo mentalmente y verbalmente una y otra vez. Personas me seguían preguntando acerca de la situación debido a un interés genuino, pero yo finalmente entendí que tenía que responder: «Es mejor para mí si no hablo de eso».

Las palabras que salen de nuestra boca entran en nuestros propios oídos al igual que en los oídos de otras personas, y después pasan a nuestra alma, donde nos causan gozo o tristeza, paz o disgusto, dependiendo del tipo de palabras que